



**TÍTULO:** La ciudad como texto.  
La crónica urbana de Carlos Monsiváis  
**AUTORES:** Jezreel Salazar  
**EDITORIAL:** UANL  
**AÑO:** 2006

Y dijo Jehová a Satanás ¿de dónde vienes?  
Respondiendo Satanás a Jehová, dijo.  
De rodear la tierra y andar por ella.  
Job 1:7

El signo de la ciudad es la infamia. Como la selva inescrutable, la ciudad crea y esconde sus monstruos. De este modo siempre es leal a sí misma. Continúa redundándose pese a nosotros.

2. La calamidad es una categoría estética que de manera cíclica cultivamos los intransigentes pobladores de la metrópoli. La hecatombe es la prueba fehaciente de la aberración que fragmentando cohesionada cada calle, cada manzana, cada edificio que

me circundan, me asfixian; me dan ánimos para levantarme cada mañana a devorar o ser devorado. En su libro *La ciudad como texto*, Jezreel Salazar se propuso desarmar los artefactos estilísticos, las claves del discurso, el resorte del método, los pases de magia del chamán de la crónica urbana en México.

3. De alguna manera es hermosa la pared cacariza, teñida con graffiti donde duermen los niños que habrán de ser inmolados al alba. Son exquisitas las ciudades perdidas dentro de la ciudad donde no existen más que tolveneras y puñales. La ciudad agostada es el sitio inequívocamente humano donde resurge la verdadera

vida y la más estridente esperanza. El Distrito Federal reverdece cada mañana con maquillajes de millones de dólares, para volver a desplomarse vieja y ultrajada cada noche, en medio de los aullidos de los antiguos aztecas y la admiración de los televidentes.

Al leer el libro de Jezreel pude responderme con claridad una pregunta que me asalta cuando visito la capital: ¿Por qué siempre la observo con ojos que no me pertenecen? Con la lectura de este ensayo comprendí la razón: siempre recorro exaltado la capital, la gozo eróticamente, la veo con la mirada delirante, ácida, socarrona, amantísima de Monsiváis. Debería demandarlo por corrupción de conciencia, por pervertidor de mirada.

4. El cataclismo comienza en la ventana de mi cuarto, por donde me mira un Dios infernal. No me permitirá habitar su siniestra creación impunemente porque siempre me lo advirtió: "Y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras y de las Abominaciones de la Tierra." No desconocemos ese arcano, nos mentimos acaso. De allí los afanes de arrasamiento.

Si nunca existió el jardín de los senderos que se bifurcan, ni el paraíso pleno de promesas furtivas, ¿por qué la insistencia de Monsiváis en el histérico lazo con el D.F.? Él ya lo entendió hace muchos años: quien una vez cae seducido por esta ciudad no tiene salvación. Nuestra esquizofrenia urbana prefiere la ciudad en llamas y las diásporas sin promesas del retorno a la tierra prometida. Ella representa mejor la realidad contradictoria de la modernidad instalada con lujo de fuerza por el poder avasallante, homogenizador, de la globalización económica. ¿Cómo hacerle frente? Regresando voz e identidad a las minorías que reconstituyen y regeneran el tejido desgarrado de la urbe, ese populacho naco, desmadroso,

indómito, cachondo. Revitalizando a la utopía marginal.

5. La ciudad es una radical paradoja. Los valores de pertenencia e identidad que ésta nos brinda con sus certezas fundadas en el anonimato se vuelven contra nosotros a cada quiebre de calle. El cronista observa. No transige nada. Se tira a fondo en el abismo urbano: lo decodifica, lo singulariza, lo convierte en literatura (la identidad es una construcción que se relata). Nos lo devuelve en un diálogo legible de esferas enloquecidas, en ráfaga de sirenas destripadas; en espejo de obscenos, en entrañables espectros rehabilitados. La ciudad, a través de su cronista consentidor, ofrece y arrebató simultáneamente perspectiva, dirección y proporción de lo que soy o creo ser. Así la atibamos desde las distancias de la imaginación, se nos convierte en un polvo de imágenes extraviado en el vértigo del vacío: nada. Y nosotros menos que ella, pero siempre más grandes.

Jezreel Salazar nos devela un misterio: si Monsiváis le ha dado tanto a su ciudad, ¿qué obtiene él en contraprestación? Le ha dado un poder endiabrado: omnipresencia omnipotencia, omnisciencia para reinar en la fragmentación. Así sobrevive a una ciudad pavorosa, invivible, asesina; así se sobrepone a esas ruinas de improvisados andamios interconectados por el espanto, con cerrojos infranqueables por motivos de clase, raza, preferencia sexual, religión o capacidad de compra. Monsiváis, máximo exponente de la moralidad secular, a modo de Prometeo nos trae el fuego sagrado para no extraviar la hebra salvadora. Monsiváis quema sus naves: nos obsequia un continente para todos. Democratiza la tierra de nadie. Con su sonrisa ácida vuela los refugios donde la monstruópolis pretende esconderse de sí misma. Libera la

ciudad secuestrada. Restituye la ciudad escatimada. La ciudad, a través de la pluma del heterodoxo, se burla de sí misma y de todos nosotros. Le da resucitación cardiopulmonar, la pone dentro de un estanquillo. Acalla la carcajada insana y desafiante de una de las ciudades más *freak* del planeta.

6. Horror: ejecutado el plano que la configura, la ciudad se olvida de sus arquitectos. Ha cobrado vida propia. Se arranca la lengua y los miembros a dentelladas. Finiquitada su cuota de sangre, cada pared posee su historia de culpas indecibles, como cada espejo retiene un pasado atroz en su memoria líquida. La ciudad está hecha a la medida de su parasitario huésped. Así se forja una identidad única y presume un orgullo atroz. Responde con lujos bárbaros y glamour de historieta a nuestra naturaleza tenebrosa e inabarcable. Springfield tiene a sus Simpson. Toda Ciudad Gótica posee sus Batman. Cada Metrópolis necesita sus Superman. Así el D.F. ha creado su Monsiváis.

7. Jezreel nos demuestra que con sólo nombrarlos, Monsiváis recupera y reconstruye los elementos de la ciudad descoyuntada, sus verdaderas intenciones y las sacude al sol como tapiz insólito. Supongo que es así cómo la ciudad se ha mantenido en su vértice, ha perdurado a pesar de los pronósticos más funestos, la hace renacer de sus cenizas apocalípticas. Cada noche le brinda sus santos óleos y por la mañana la atiende en el trabajo de parto. Hace que la ciudad se muerda la lengua hasta sangrar: Monsiváis nos enseña cómo pronunciarla, leerla a diario, vomitarla con mucha clase y dignidad. No darle tregua. Nos instruye cómo traficar con nuestros deliquios entre la ciudad soñada y la ciudad temida. Así la zozobra y el espanto se nos convierten en poderoso afrodisíaco.

Animales de la ensoñación, sólo soportamos la ubicuidad de este circo de ignominias viviéndola desde la perplejidad.

No se puede estar más de acuerdo con Jezreel: una de las hazañas intelectuales más espectaculares de Monsiváis ha sido ver a la ciudad como un espacio aún posible de ser imaginado desde una perspectiva realista.

8. La ciudad me convierte en otro. Me pongo a recorrerla como el Satanás bíblico cuando lo inquiere Jehová: La ciudad ideal es aquella donde se me facilite la violencia fratricida sin tener que darle cuentas a nadie. La economía del miedo hace que nos absorbamos al hierro y al cemento como líquenes o herrumbre. Creemos estar a salvo mientras leemos el diario, fornicamos, vamos al cine, cenamos en Sanborns, damos de comer a los canarios, reímos felices e impunes. Pero la verdad es que no hay nada más allá del cerco. Nadie se salvará del asedio. Lo demás son los textos amorosamente iracundos de Carlos.

9. Al decir esto quizás lastime la vanidad del Monsi: cuando él llegó, la ciudad ya estaba allí. Resignado a jamás satisfacer sus insensatos delirios fundacionales siempre la encuentra cuando no la necesita. Ella le es más fiel que tantos amores limpios o turbios. Ella le ha enseñado cómo pulir sus esplendores. Jezreel Salazar es contundente: el D.F. de Carlos Monsiváis se sabe obsequiar, se quita lo que le estorba para entregarse y ser adorada. Se goodea en su detritus y crece hasta las cimas de su sensual abandono. Nada permanece, todo queda igual. Existe el exacto número de cucarachas que soporta el ecosistema de una alcantarilla en la calle de Dolores, hay el justo conteo de perros machos y hembras vagando en Chalco listos para repoblar la estadística de la jauría. Parece que las avenidas y calles autorregulan sus

bestias motorizadas, cualquier nudo apretado en Viaducto a la hora pico se resuelve en determinado momento sin mayores consecuencias. ¿Por qué en ese instante y no otro? ¿Será que la ciudad tiene su propio ejército de ángeles guardianes, sus exasperados luciferos? ¿Dioses patronos de ciudades malditas planean rituales y celebraciones cíclicas con fuego sagrado y sangre inocente? Sólo Monsiváis tiene las respuestas.

10. La ciudad no tiene dónde ponerse a salvo de sí misma. No come ansias, no sabe de prisas. Conoce muy bien su oficio: nos convierte en rehenes, nos persuade, nos somete, nos mueve los dedos para escribirle su palinodia o su elegía, nos toma agresivamente de la mano para soltarnos sobre el tibio y maternal lecho excrementicio que corre bajo su pavimentada piel. Luego, sin pedirlo, viene la redención y uno sale a la luz inocente de una mañana de noviembre y se afana en convertirnos en el Otro. Por cierta perturbación en el aire y la extraña paz de algún jardín uno se da cuenta que no tiene otra obligación que cantar la gloria del portento de vidrio, acero y piedra que me acuna y solventa; del terror en ascuas que somos ella y yo. Empieza de nuevo a correr la tregua. La asquerosa esperanza. Más de pronto, de algún lado me llega con radiante claridad la conciencia de la fragilidad, el inconfundible himno de la traición, la vehemencia de una respiración fibrosa. Una reconocible voz traspasa el cielo invisible. Todo vuelve a la trémula placidez de un libro que se cierra. Después de leer el ensayo de Jezreel sólo puedo concluir que en la desigual contienda cuerpo a cuerpo entre la ciudad y sus moradores, Monsiváis ha ganado la batalla.

Joaquín Hurtado

## Leer LA CIUDAD



**TÍTULO:** *La ciudad como texto.*  
*La crónica urbana en Carlos Monsiváis*  
**AUTOR:** Jezreel Salazar  
**EDITORIAL:** UANL  
**AÑO:** 2006

**M**e gusta creer que cuando abrimos un libro entramos en un espacio nuevo. Aunque hay libros de espíritus más bien porosos, que no podemos habitar; los hay también de fuerte personalidad, densos, libros poderosos pues, que nos hacen vivir la experiencia de su lectura casi espacialmente, tal como si los habitáramos. De algunos de estos lugares literarios no salimos nunca, aunque estemos lejos del libro o hayamos terminado su lectura años atrás. Creo, incluso, que hay textos tan poderosos que van preparándonos para habitarlos. Algo así me pasó con *La ciudad como texto*.

Un día antes de iniciar su lectura, transitaba yo por la colonia Vista Hermosa, cuando me sorprendió la ausencia de una vieja casona. Parecía que alguien había aspirado sus paredes y techo; sus escaleras, que me imaginaba de madera, sus ventanas. Nada quedó de esa casa. Su ausencia me angustió de manera muy extraña. Me detuve frente a ese terreno desolado y me consolé pensando en las personas que no

pueden derrumbar la casa de la abuela, o la del tío soltero; pensé en toda la gente que no se atreve a dejarle una cicatriz abierta a la ciudad. ¡Cuántos paraísos hemos pavimentado para convertir en estacionamientos, especialmente en el centro de la ciudad! Recordé la tarde en que Víctor Barrera me llevó a conocer el estacionamiento en donde antes estaba la casa de Alfonso Reyes. Daba tristeza escuchar a mi amigo que, señalando hacia unos cajones para autos, me hablaba del jardín, de la caballeriza, y de la estructura de la casa.

*La ciudad como texto* de Jezreel Salazar es uno de esos libros poderosos, con el que dialogas permanentemente aunque se haya quedado cerrado en el buró, porque profundiza en un amor complicado, el amor a la ciudad. La profundidad de Carlos Monsiváis y la refinada destreza de Jezreel para extender lo complejo y desmenuzarlo, hicieron que yo, como lectora, abordara cada página con la lentitud de los grandes placeres. El libro invita a la divagación; a posar la mirada en la pared de enfrente, a disfrutar cómo van cayendo poco a poco las ideas de estos dos amantes de la ciudad. De pronto, entre capítulos, dan ganas de salir de casa para observar cómo se desdobra la ciudad en cada esquina; cómo la habitan otros. Dan ganas de resguardar las plazas públicas. En fin, *La ciudad como texto* es un libro para caminar despacio.

La experiencia de su lectura es un poco abismal. Algo así como cuando nos vemos en el espejo sosteniendo otro espejo. Jezreel dice de la crónica de Monsiváis que “es heterogénea, caótica, con un lenguaje fraccionado, trunco, que nos sugiere el discurso terminado”, y que recuerda, completo yo, al aliento de la ciudad ya que estamos condenados a conocerla por fracciones, por minutos, parcelada. Lo abismal en todo esto, es que el ensayo de Jezreel también está hecho de fracciones, dada la amplitud y

profundidad del trabajo de Carlos Monsiváis. En este sentido, el abordaje heterogéneo y fragmentado de este ensayo no sólo estimula la experiencia de lectura, sino que facilita el acceso a conceptos más ligados a la soltura, que a la rigidez; más ligados a la alternancia que al canon. Con esto, el lector es invitado a jugar un papel más activo en la experiencia, se le invita a participar con su nostalgia, con su miedo a callejones oscuros, con el amor que le tiene a su calle.

Sin ciudadanos no hay ciudades. Al abordar justamente este punto, Jezreel se instala un rato en la crítica que Monsiváis dirige a los medios masivos de comunicación por la manera frívola y homogeneizadora en que entienden la ciudad. Hay gente que no sólo compara sino incluso prefiere ver un partido de fútbol reflejado en una pantalla que en un estadio en vivo y a todo color. Por ello la televisión se ha erigido ya como la Otra Ciudad. El autor cita de *Amor perdido*: “El idioma común ya no se forja en las calles y sitios públicos o a través de acontecimientos políticos: ahora lo estipulan los medios de comunicación”. La realidad está atorada afuera de las cámaras de televisión, en la marginalidad, en los excluidos, aunque en la pantalla esté la farsa tan bien maquillada de verdad. Cito al autor: “Lo que Monsiváis denuncia es el monólogo autoritario de los medios, su intolerancia ante expresiones distintas o rutas alternativas de representación de lo social y su eliminación de toda posibilidad de diálogo”. La vida pública de las ciudades se ha disminuido con la popularidad de la televisión; a la hora de la telenovela no hay quien se asome para afuera.

La globalización es más que un sistema político, económico y social, una energía que justifica voltear la casa, el hijo o la ciudad al revés si se nos ha perdido una moneda de oro. La globalización obligaría a que aquel hombre que imaginé conmovida, se olvide de romanticismos y de-

rrumbe la casa de la abuela para construir una plaza comercial. La globalización, parafraseo a Salazar, invita a la libertad y promueve la satisfacción de necesidades, pero por otro lado, exagera la desigualdad y la marginación. Cito al autor: “la globalización está casada con una política y una dinámica de lo efímero, donde el único sentido es el cambio dado por el mercado”. Los regiomontanos tenemos un deshonoroso ejemplo de esto: el nuevo fraccionamiento Céntrica, cuyo slogan es “una ciudad dentro de la ciudad”, un complejo habitacional circular que contiene una plaza comercial y que, paradójicamente, se encuentra sobre 55 hectáreas contaminadas con 500 mil toneladas de residuos tóxicos, propiedad del grupo Industrial Minera México. El propio empuje de la globalización nos deja en la corniza, convirtiendo como dice Monsiváis, a *Suburbia* y *Perisur en utopías matrices*. En este sentido, la globalización ha regado por las ciudades espacios denominados como “no lugares” según Marc Augé, que son, justamente, los espacios del anonimato, desterritorializados y deshistorizados como los centros comerciales, creados con la finalidad de dinamizar el flujo de bienes.

Los ciudadanos y ciudadanas hemos reducido nuestra figura política a simples consumidores o acumuladores de bienes. A veces siento como si la vida fuera una réplica gigante y perversa del Monopoly, en donde la ciudad existe en tanto puede ser comprada y los ciudadanos existimos en tanto acumulamos poder adquisitivo para comprarla. Una de las denuncias más reiteradas del libro es el deslinde de la ciudadanía hacia las calles y plazas. Es triste que la única manera de entender el empoderamiento de la ciudadanía en las calles es el uso de la cubeta o del bloc para apartar lugar en la calle para el auto. Es decir, que los ciudadanos estamos replicando el triste papel de

privatizar lo público por medio del agandalle cubetero.

Somos los sobrevivientes de la ciudad. Monsiváis afirma incluso: *somos y nuestro propio modelo apocalíptico*. En este sentido nos encontramos en la era posapocalíptica. *La violencia nos desaloja de las calles, nos encierra doblemente en nuestras casas*, dice Monsiváis. La situación que estamos viviendo en Monterrey habla por sí misma. El crimen organizado tiene sitiada a la ciudad como tablero de operaciones y la ciudadanía, en lugar de arrebatarla, decide prender la televisión y rentar un sistema de alarma para la casa. Caminar la ciudad es una manera de recuperarla, más en estos tiempos en los que caminarla, es, tal como dice el autor, un acto de resistencia cultural. Los trazos urbanos, como bien lo señala Jezreel, están diseñados para la eficiencia del transporte más que para el disfrute de la ciudad a pie. El flaneur, el que camina por placer, es una reliquia, un *freak* con buena memoria, que recuerda que somos la ciudad que habitamos y que al conocerla a ella nos podemos encontrar a nosotros mismos.

La noche es el espacio que nos queda para vivir la ciudad. Cuando los parquímetros pierden autoridad, los ciudadanos salen a responder colectivamente al inmovilismo del orden social. El reloj es entendido por Monsiváis como el orden alterno. *El desmadre menor que oculta por un rato al Gran Desmadre de todos los días*. De noche, el trato con la ciudad es distinto, tal vez más horizontal. De noche se compensan las presiones y opresiones que la ciudad impone. Dice Jezreel: “A la manera del carnaval, el reloj permite la ruptura de la norma, creando así un tiempo donde todo se vale. Para Monsiváis, la noche constituye la expresión clara de ese tiempo donde cualquier cosa es posible sin las restricciones del día”.

Sigo con Monsiváis: “La ciudad me apabulla y me apantalla. Es una ciudad

represiva desde luego, y ahora por la vía doble de la delincuencia oficial y la amateur... con todo, encuentro zonas de gran libertad riesgosa vetada en ocasiones de sordidez, pero pensando en las tradiciones de la capital, y sobre todo del resto del país, una libertad excepcional”.

Mientras más lejos estemos de la calle, más lejana la cultura política. “Para Monsiváis, la calle es el espacio público por excelencia, el territorio del diálogo posible; constituye el lugar donde la libertad puede aparecer”. Al leer esto, recordé la mirada encendida de una de las organizadoras de la pasada marcha del orgullo gay en Monterrey, cuando me refería que siempre había querido que el contingente pasara por debajo del arco de la independencia de Pino Suárez y Calzada Madero. En esta última ocasión, ella encabezó la marcha y, desobedeciendo el trayecto que marcaba la patrulla, pasó por debajo del Arco, y detrás de ella, todos los participantes. Tengo ese momento aquí, conmigo, me dijo tocándose el corazón. Yo entendí que en ese momento, debajo del arco, hubo una reconciliación pública.

La toma de las calles nos vuelve ciudadanos. Monsiváis recuerda la manifestación del silencio del 13 de agosto de 1968: “...pasos incrédulos, obstinados, absortos, voluntariosos, que fueron rescatando, recreando las calles. Los transeúntes se transformaron, súbitamente, en ciudadanos”. Por eso, siguiendo a Jezreel: “la matanza del 2 de octubre pospuso la posibilidad de hacer de la ciudad un espacio abierto y democrático”.

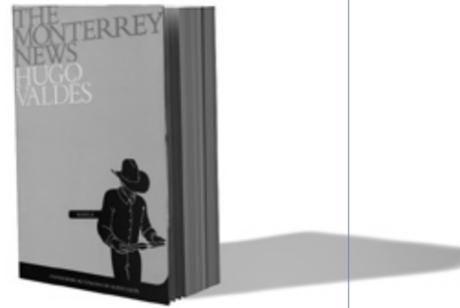
La democracia de la que hoy hablan los gobiernos no tiene absolutamente nada que ver con la democracia ciudadana, que madura en el diálogo social, la equidad constante y sonante, el ejercicio de tolerancia, la solidaridad y respeto a la diversidad. La democracia para ellos consiste en sortearse todo el poder cada tres o seis años. Ahora, con la ultraderecha

en el gobierno, se amenaza más el ejercicio de la ciudadanía con el país militarizado y la represión entendida como política pública en programas como la operación mochila, el antidoping en escuelas y el toque de queda. La primera vez que escuché a Felipe Calderón en un spot de radio anunciando estas acciones con entusiasmo, quedé paralizada. Apocalipsis: el gobierno federal anuncia la violación sistemática a nuestras garantías individuales esperando de nosotros un aplauso. Postapocalipsis: algunos mexicanos le aplauden.

El libro *La ciudad como texto*, la crónica urbana de Carlos Monsiváis, de Jezreel Salazar es un aporte fundamental a la cultura política mexicana desde la ciudadanía. Es un llamado a partir del amor, la nostalgia, el miedo y la esperanza, a recuperar las ciudades. No podría llegar en un mejor momento este ensayo ahora que las políticas gubernamentales están dirigidas a fracturar más la vida pública de las ciudades. Pretenden expropiar las calles, los parques, y la noche. Desde las crónicas de Monsiváis, Jezreel Salazar, recuerda la vocación de la ciudadanía en el resguardo de las ciudades como lugares nuestros, como mapas de nuestra identidad histórica. Jezreel concluye el libro: “Al leer a Monsiváis de algún modo se recupera una ciudad que incluso, y quizás gracias a él, es posible amar. Por eso no hay duda que esta ciudad es un lugar que sería más pavoroso si él no la hubiera cronicado”. Yo concluiría, celebrando no sólo el trabajo invaluable del maestro Monsiváis, de documentar lo que hemos sido y lo que somos, sino el trabajo profundo y generoso de Jezreel Salazar, que homenajea a Carlos Monsiváis y a la ciudad, como un binomio afortunado.

Ximena Peredo

## LAS ENSEÑANZAS de *The Monterrey News*



TÍTULO: *The Monterrey News*  
AUTOR: Hugo Valdés  
EDITORIAL: UANL  
AÑO: 2006

Hace aproximadamente veintidós años —amediaos de 1985— vivían en un pequeño departamento situado en un interior del cruce entre la avenida Cuauhtémoc y la calle Tapia de Monterrey dos jóvenes hipnotizados por la literatura, por la narrativa para ser más preciso. Uno de ellos, recién egresado de la carrera de letras, dedicaba la mitad del día a trabajar en una biblioteca pública y la otra mitad —las últimas horas de la tarde y gran parte de la noche— a aporrear con disciplina y fe las viejas teclas de una Olivetti portátil, mientras dejaba que de su mente fluyeran las ideas, las escenas y los personajes que con el tiempo conformarían su primera novela. Se trataba de un novel escritor convencido de que la literatura sólo podría hacer acto de presencia si quien la invocaba se había entregado con verdadero fervor a la búsqueda del oficio, del trabajo artesanal tal como lo había asentado Gustave Flaubert en su correspondencia, y tal como lo habían llevado a cabo autores como Henry James, Marcel Proust, William Faulkner y Carlos Fuentes,

escritores frecuentados por este narrador en ciernes.

Su compañero de departamento, quien entonces era tan sólo un ágrafo estudiante de letras que se preciaba ante todo de ser un lector consistente, agradecía —y agradece aún— el privilegio de convivir con un verdadero forjador de palabras, de historias, y que sus ojos fueran los primeros en recorrer las páginas escritas por su amigo, páginas que con el paso de los meses formaron en el rincón del escritorio una resma de considerable tamaño. Cuando ambos jóvenes concluían sus respectivas jornadas, uno de trabajo y el otro de estudio o lectura, entre tragos de cerveza o vino barato y humo de cigarros se sentaban a conversar sobre ese novedoso y aún extraño ejercicio literario al que pensaban dedicar el resto de su existencia. La conversación devenía exploración de los problemas y retos del oficio, análisis de las teorías entonces en boga, repaso de autores, recuento de relatos y novelas, revisión de técnicas y estrategias, y citas, ideas y frases que apenas comenzaban a perder fuerza y sentido a esas alturas de la madrugada en que el alcohol convierte a los neófitos en creadores consumados y a los aficionados en críticos expertos.

Ninguno de los dos se cansaba de habitar la literatura, porque en esos años ambos consideraban que ésta era mejor que la vida. Ninguno de los dos sabía aún, con esa ignorancia que permite la falta de experiencia, que para ellos la vida sería, simple y sencillamente, literatura, y viceversa.

Para quien no se haya dado cuenta todavía, debo aclarar que el narrador en ciernes que tecleaba todas las tardes sin descanso su Olivetti portátil es Hugo Valdés, que el estudiante de letras que lo observaba escribir y luego leía lo escrito recién salido del rodillo de la máquina es quien esto escribe, y que el libro que iba adquiriendo forma y densidad de tarde en tarde,

de noche en noche y de discusión en discusión es *The Monterrey News*, novela recién reeditada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, tras dieciséis años de su publicación original en la editorial Grijalbo.

Hablar de una obra que conocí desde su concepción en la mente del autor, cuya construcción seguí paso a paso —casi podría decir: frase a frase—, a la que acompañé en las vicisitudes de su publicación y en cuya presentación al público participé por vez primera hace más de tres lustros, tiene que conducirme por los caminos de la nostalgia más que por los del comentario analítico. Su relectura, debo de confesarlo, me removió muchos recuerdos y otras tantas vivencias que ya tenía un tanto empolvados. Recuerdo las dudas, las discusiones unas veces más acaloradas que otras, los intercambios de puntos de vista, las glosas y los comentarios que surgían al abordar el tema de la escritura de esta novela, siempre impulsados por una ambición literaria absoluta, sin fisuras, que empujaba a Hugo Valdés a no dejarse amedrentar por los obstáculos que el oficio iba poniendo en su camino. Pero sobre todo recuerdo cómo, al verlo irse convirtiendo poco a poco en escritor, yo asimilaba su experiencia con el fin de utilizarla cuando a mí me llegara el momento de ejercer la escritura.

De *The Monterrey News* aprendí, como lo he comprobado durante mi reciente relectura de la novela, que las primeras condiciones de la narrativa deben ser la provocación y la desmitificación. En esta obra Hugo Valdés se propuso desde un principio establecer un reflejo nada complaciente de una urbe y una sociedad orgullosas de sí mismas, pero cuyo orgullo proviene de la contemplación casi siempre acrítica de sus características, de su historia y de su vida cotidiana.

La Sultana del Norte, la Capital Industrial de México, la ciudad donde

se valora ante todo el trabajo duro y a la vida immaculada, esa Gran Familia Regiomontana a que nos tienen acostumbrados los *slogans* publicitarios y los estereotipos regionales, no sale muy bien parada en las páginas escritas por Hugo Valdés. Tanto en los capítulos que la recorren de manera diacrónica —dando un panorama bastante completo de la historia de la ciudad—, como los que de un modo sincrónico capturan un momento específico de los años ochenta, aparecen los maquiavelismos, los actos de corrupción, los enjuagues bajo el agua, los episodios delictivos, las intenciones turbias, el rencor, la avaricia, la discriminación, el abuso y el resentimiento que han conformado durante más de cuatrocientos años el rostro de la urbe y continúan haciéndolo en la actualidad.

Desde la fundación de la ciudad, envuelta en un escándalo de adulterio y crimen, hasta el sexenio en que el estado de Nuevo León fue gobernado por Alfonso Martínez Domínguez, pasando por las intenciones separatistas de Santiago Vidaurri y su traición a la República —cuando se adhirió al Imperio de Maximiliano—, *The Monterrey News* da cuenta de la realidad incómoda de la ciudad, más allá de la historia oficial y los cantos laudatorios de sus panegiristas.

Con una influencia clara de *La región más transparente* de Carlos Fuentes, y de *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso, la novela de Hugo Valdés no se arredra ante las grandes multitudes de personajes. Por sus páginas desfilan decenas de actores, acaso cientos, cada uno de ellos con un propósito definido: mostrar un fragmento de lo que ahora es, en conjunto, la sociedad regiomontana, y de lo que ha sido en el pasado. Fuera de los personajes históricos, como los fundadores, el gobernador Vidaurri o Bernardo Reyes —ese tapatío que fue en gran

parte el forjador del poderío económico regiomontano—, cuyas ambiciones políticas eran el motor que regía su vida, en esta novela el autor nos coloca frente a frente con empresarios, coyotes, políticos contemporáneos, comerciantes sin escrúpulos, damas de sociedad empapadas de cultura local, empleados clasemedios, ejecutivos, obreros, trabajadores, artistas sin destino, escritores provincianos, *juniors*, chicas fresas y estudiantes pobres.

Ante tal mosaico social contemporáneo —repito: sin contar con el histórico—, sería ilusorio pensar que el autor lleva a cabo un análisis psicológico profundo de cada uno de sus personajes. No. A Hugo Valdés en *The Monterrey News* lo que le interesa es trazar el carácter colectivo de una comunidad, el rostro de una urbe. Por esos sus personajes están dotados de rasgos característicos regiomontanos, colocados en situaciones personales que los distinguen de los otros como si se tratara de piezas de un gran rompecabezas y, sobre todo, muestran una clara conciencia de clase, que es lo que les da su verdadera densidad como actores de la historia.

En consecuencia, es en la visión panorámica donde *The Monterrey News* despliega su verdadero valor literario, y en las actitudes y motivaciones de clase donde sus personajes dejan al descubierto su psicología particular. Así, a los empresarios, comerciantes y políticos los mueve la codicia personal, aunque en sus diálogos y discursos aseguren a quienes los escuchan que trabajan por el bien de todos; a los artistas y escritores los inmoviliza el conformismo, el temor a perder sus canonjías y ese puñado de lectores fieles que conocen en cocteles y conferencias; a los miembros de la clase media y baja los motiva el resentimiento de lo que no tienen pero anhelan, lo que les parece imposible alcanzar pero ven en manos de otros todos los días. *Resentimiento* es una palabra que aparece con frecuencia en

esta novela y, para quien ha vivido en una ciudad como Monterrey, puede sonar, realmente, a conjuro para motivar la ambición y lanzarse en busca de un mejor nivel de vida.

Sin embargo, desde aquellos días de 1985 lo que más me llama la atención de la novela de Hugo Valdés es la manera en que todo este material, todos estos personajes y sus historias se organizan en una estructura artística, gracias a un lenguaje narrativo eficaz. No me refiero sólo a la concatenación de los capítulos históricos y de los que narran la vida contemporánea de la ciudad —con lo que se logra una visión totalizadora de la ciudad—, sino a que el autor recurre a una serie de audacias técnicas que otorgan movimiento y versatilidad a los fragmentos que conforman cada uno de esos capítulos. El narrador de Hugo Valdés sabe diferenciarse, cuenta las diferentes escenas con el tono apropiado a su particularidad, desde distintas focalizaciones, reuniendo voces distintas. Como si se tratara de una cámara cinematográfica, en un momento determinado nos acerca al sentir y pensar más íntimo de uno de sus protagonistas, y al instante siguiente nos aleja de él para que contemplemos los desplazamientos de una multitud; nos hace escuchar la voz confesional de un amante nostálgico, o nos envuelve con el rumor colectivo de todos los habitantes de la urbe gritándole sus rencores, sus resentimientos y sus ambiciones al silencio de la noche.

Esto es, a grandes rasgos, *The Monterrey News*: un conjunto de voces aisladas contándose a sí mismas, cuyo acoplamiento en el coro dirigido por Hugo Valdés es capaz de cantar la realidad de una urbe monstruosa. Es, quizá, también la respuesta a la eterna pregunta de *¿cómo narrar una ciudad?* Es un mar de historias entremezcladas, cada una de las cuales ilustra un aspecto doloroso o feliz de la condición humana, donde

los lectores pueden reconocerse sin dificultad. Es un vituperio contra los estereotipos que nos inmovilizan. Un libro cuya forma y cuyo lenguaje nunca dejan de sorprender. Una construcción narrativa, bastante virtuosa, con hallazgos constantes que dejarán marcas en quien se acerque a ella. Y es, en fin, la primera novela de mi gran amigo Hugo Valdés, una obra cuya escritura tuvo la virtud de servir de cimiento en la formación, no sólo de su autor, sino también de quien esto escribe: su primer lector.

Eduardo Antonio Parra

## El SITIO de la existencia



**TÍTULO:** *La existencia sitiada*  
**AUTOR:** Eduardo Subirats  
**EDITORIAL:** Fineo  
**AÑO:** 2006

**E**n una época de cambios constantes y radicales, en la cual persisten las amenazas que aterrorizaron durante varias décadas a los individuos de todas las naciones y en la cual los problemas que se discernían en el horizonte histórico empiezan a volverse tangibles, las voces que buscan aclarar el futuro de la humanidad y persiguen crear una conciencia de la crisis actual, se

vuelven más necesarias. Una de estas voces es la de Eduardo Subirats, quien, en su obra *La existencia sitiada*, se abocó a la tarea de hacer una de las denuncias más radicales sobre la situación actual del ser y el mundo humanos.

Quizás parezca exagerado utilizar el término “radical”, si lo colocamos entre pensadores tan agudos y rebeldes como Herbert Marcuse, Jean Baudrillard o Gilles Lipovetsky, por decir los más famosos. Pero creo que es justificado utilizar este término si el lector considera que en su exposición, Subirats arremete contra toda una tradición muy bien resguardada en los cánones de la historiografía. Considerado esto, la lectura del libro proporciona al lector una denuncia constante de los problemas que el ser humano viene enfrentando desde principios del siglo XX. Sin embargo, en el análisis histórico mencionado, la denuncia va mucho más allá de la situación actual, remontándose al origen del cristianismo, y pasando por la Colonia, el Renacimiento y la Ilustración. Por esta razón, aunque gana a veces en profundidad, la crítica resulta cansada y, en apariencia, un tanto pesimista, pues en realidad se acerca a una crítica de toda la civilización occidental. A ello hay que agregar que la variedad de estilos (pues hace uso del ensayo, pero intercalando aforismos e, incluso, recurriendo a la narración de sueños) y, por otro lado, la estructura de la obra, impiden que la dimensión histórica sea expuesta con suficiente claridad. Dicho tratamiento histórico se desenvuelve intermitentemente entre los varios capítulos que la componen, por lo cual carece de cohesión; y, además, debido al riesgo que por sí mismo conlleva el género ensayístico, hay afirmaciones gratuitas por faltar una exposición suficiente. En pocas palabras, lo radical, en este caso, no es sólo una virtud, sino también un defecto.

No obstante, la obra de Subirats no carece de importancia. Quizás, su principal virtud, mas no la única, es la denuncia sin miramientos de la situación actual. Como el mismo autor señala, esta denuncia no puede evitar ser todo lo terrorífica que en realidad es dicha situación y de ahí que busque ser visceral, desgarradora y pesimista en su diagnóstico aunque no en su proyección. Incluso, en esa referencia a una realidad concreta que es preciso cambiar radica el sentido de mostrar un mundo fragmentado, disuelto y en peligro. Subirats parece pensar que si queremos transformar las condiciones actuales, necesitamos alzar la voz para hacer una descripción lo más cruda que sea posible. Por ello, refiriéndose a los ensayos que componen el libro, dice: “Su mirada retrospectiva sobre una realidad terrorífica es la condición de todo cambio futuro. Otro mundo es posible.”

La crítica, el pesimismo, la denuncia, la crudeza, no son, pues, sino un momento que debemos cruzar y enfrentar, en vez de vivir negándolo y entregándonos más a ese mundo que parece caerse a pedazos; un mundo en crisis cuyo diagnóstico es hecho por Subirats en torno a tres grandes problemas y una multiplicidad de situaciones, lo cual corresponde a los cuatro capítulos del libro: “Espectáculo”, “Violencia infinita”, “Futuro sin pasado” y “Situaciones”.

En el capítulo primero, Subirats aborda uno de los principales problemas de la sociedad actual: los medios electrónicos de comunicación como condición de la conciencia alienada. Los individuos cada vez dependen más de la televisión y del Internet, pero tras este aparente gusto por la distracción y el entretenimiento, se esconden aspectos de la profunda crisis del ser humano. Parece evidente que la televisión es un factor de alienación. Esto es algo que constantemente se ha denunciado, ya fuera porque afecta la formación de los niños, porque

impide el pensamiento, porque es un medio en el que se desvirtúa la política o porque incentiva el consumismo. Sin embargo, aunque todo esto sea verdad, al tornarse un lugar común en el discurso de los intelectuales, pierde su sentido y se vuelve un camino fácil para mostrar una aparente inconformidad. Así, el espectáculo y los medios masivos de comunicación escapan a la crítica profunda entre los subterfugios de una reflexión superficial.

Eduardo Subirats no cae, sin embargo, en este juego de la denuncia sin compromisos. En cambio, enfrenta el problema de desvelar el trasfondo de una sociedad fundada en el espectáculo. Para ello, revela cuáles son las consecuencias directas del entorno mediático en la forma de percibir la realidad. El sujeto, impactado por las imágenes del televisor y del Internet, capta el mundo tal como lo percibe a través de estos medios, es decir, como imágenes discontinuas, como pequeños corpúsculos de información, despersonalizados y descontextualizados. Desde este punto de vista, los hechos, las cosas, las situaciones son demasiado reales y a la vez demasiado irreales. Como señala Subirats, somos espectadores de imágenes hiperreales, como lo son las que encontramos en las transmisiones de los conflictos bélicos, pero que a la vez responden a la irrealidad de no estar situados en el lugar y en el sufrimiento de quienes viven el acontecimiento. Es una realidad mediada por las pantallas, tanto para el piloto de combate, como para el espectador a miles de kilómetros del lugar donde ocurre la batalla.

“Gasificación” es la metáfora acuñada por Subirats para describir este estado de realidad irreal. Una concreción que se evapora y dispersa. Pero esta gasificación no es accidental. Obedece al sistema bien programado del imperialismo capitalista que otorga “un mundo feliz” de comodidad

y entretenimiento, al precio de la irreflexión. “El espectáculo —escribe el autor— es el montaje a gran escala de una ficción globalmente representada como sistema objetivo de la realidad.” Objetividad gasificada, debemos entender.

Esta pantalla del mundo, como superficie donde, de acuerdo a la alegoría de la caverna de Platón, observamos una realidad sombría (en el doble sentido de oscura y producto de sombras), es la realidad fantasmal en la que vivimos a comienzos del tercer milenio de nuestra era. La caverna de Platón se ha multiplicado y miniaturizado, de modo que está al alcance de todos, en cualquier momento y en cualquier lugar (como lo vemos en los celulares, las laptop y los televisores). Sólo que estos dispositivos para la transmisión de la información no son tan iluminadores como se quisiera. Por sí misma, la información no es conocimiento, pero, en cambio, sí es forma de control. Un control que está ya implícito en la manera en que se nos provee la realidad, forma gasificada y vacía. Este vacío, como no-ser, es uno de los tópicos centrales de *La existencia sitiada*. Es el resultado nihilista, el dominio de la nada sobre el ser, que domina la mentalidad y las formas de organización y relación social en las sociedades y los individuos contemporáneos. Los medios de comunicación cumplen una función esencial en la expansión de esta nada, según lo expone a lo largo de los ensayos que componen el libro. “Los medios electrónicos de comunicación —dice Subirats— son instrumentos de la subversión nihilista del ser.”

En el segundo capítulo, “Violencia infinita”, el autor aborda algunas de las consecuencias de esta condición nihilista de la vida moderna. Si, como escribe, “La nada se instala en el ser”, la consecuencia inmediata que se nos presenta, según Subirats, es la violencia. Pero, en este caso no se trata de una posibilidad, sino de una

realidad concreta a juzgar por la irrefutable evidencia histórica de las grandes masacres del siglo XX y principios del XXI. La violencia “Es la expresión última y radical del nihilismo moderno: la devastación a gran escala, la muerte y el silencio.” De esta manera, plantea que el origen de la violencia inhumana no es consecuencia de una natural lucha por el poder, como han querido interpretar los pensadores y filósofos de influencia empirista y positivista. Una de las aportaciones de Subirats consiste en no caer en la tan generalizada consideración de que el ser humano es sólo relaciones de poder y que ellas son las que determinan toda la historia. Sí, estas relaciones son las que han causado, en parte, las grandes hecatombes, pero no sólo ellas. En el fondo está el predominio de una perspectiva nihilista, la cual proviene, según el autor y muy cerca de Nietzsche, desde los orígenes del cristianismo.

Esta nada situada en el ser tiene como expresión el afán colonizador de la civilización occidental. La destrucción del ser —entendiendo por “ser” la cultura, la sociedad, la memoria, las personas y en general todo lo que conforma al ser humano— fue llevada (y lo sigue siendo) hasta los lugares más remotos de la Tierra, desde la Edad Media y las cruzadas, hasta la conquista y la deforestación a gran escala de las tierras pertenecientes a las tribus de aborígenes en el Amazonas. Se trata de “la violencia como medio de eliminación de memorias y lenguas; de destrucción de cosmología y formas de vida.”

Sin embargo, la expresión más descarnada de esta cultura nihilista, colonialista y violenta, donde se llevó la nada a su mayor extremo, está fechada en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, en el año de 1945, cuando el ejército y el gobierno de los Estados Unidos tomaron la decisión de lanzar las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Por esta ra-

zón, Subirats recurre a este tema en diferentes apartados, haciendo de él una constante y un punto central para el diagnóstico del colonialismo occidental y de las consecuencias que de ello emergen, como, por ejemplo, la responsabilidad de los científicos, la posibilidad del exterminio, el silencio, la aniquilación de la memoria y de los orígenes, etc.

En “Futuro sin pasado” continúa la exposición del colonialismo occidental, pero esta vez desde el punto de vista del exterminio de la memoria. Éste es un problema central para el análisis de Eduardo Subirats. La nada, tal como la expone este autor, está asociada con el distanciamiento del ser; pero tal escisión se cumple en primer lugar como olvido de las raíces y del origen. Para él, este olvido del propio ser no sólo se ha manifestado en las guerras de conquista, en la inquisición y demás formas bélicas, sino también en el colonialismo industrial y en las instituciones que conforman nuestra cultura, sobre todo los museos y las instituciones dedicadas a la restauración y la protección de los monumentos antiguos. Sin duda, Subirats va al extremo cuando hace estas impugnaciones; sin embargo, el verdadero fondo de la cuestión compensa esta visión que parece injustificada. El problema es en realidad que los museos terminan por ser paliativos para mantener una memoria de la cual muy pocos participan. Es decir, muestran unas raíces que sólo llegan a captar el interés como objetos curiosos de un pasado desligado con nuestro presente. En otras palabras, una memoria ficticia.

Otro factor reiterado en el libro, es el lingüístico. A diferencia de la mayoría de los teóricos de la actualidad, Subirats se ha dado cuenta de que el estudio del lenguaje tiene sus límites en el mismo sistema imperialista en el que vivimos, y de ahí que advierta tanto como puede

que los estudios semiológicos y lingüísticos han terminado por ser una forma más de escisión o, al menos, de distractores. Desde el punto de vista histórico, el origen de esta tendencia que ha venido a cristalizar en el siglo XX se encuentra en la conquista y la colonización cultural y lingüística. En el momento en que se obligó a los indios a olvidar su lengua, en ese momento desapareció su pasado como raíz profunda y legítima de su existencia. Pero desaparece, no sólo por la sustitución de una cultura por otra, sino porque con ello la fuente de esa memoria, el lenguaje, ha desaparecido. Por ello, la lengua es una forma de colonizar.

Por otro lado, Subirats considera, haciendo un análisis profundo de la modernidad, aunque un poco parcial, que el descubrimiento del “yo” tal como se ha concebido a partir del cogito cartesiano, es una continuación de la tradición cristiana de división entre el cuerpo y el alma. Esta escisión permaneció hasta Kant y ha continuado en nuestros días en la forma del individualismo y del nihilismo posmodernos. Se trata de un “yo” aislado, ajeno a los sentidos y a la realidad comunitaria que lo constituye. Por eso mismo es un “yo” sin memoria, sin contacto real con el ser y los orígenes del hombre, pues sus horizontes se acaban donde termina el ego.

El último capítulo, titulado “Situaciones”, consiste en la exposición de distintos aspectos de la crisis social de nuestros tiempos. Son tratados diferentes temas, teniendo como fundamento algunos de los conceptos ya planteados con anterioridad. Se aborda la condición de individualización, el peligro nuclear, la falsa noción de progreso, el origen cristiano de la nada, la situación de los intelectuales y del arte (al cual dedica un buen número de páginas en diferentes partes del libro), la responsabilidad del científico, el socialismo y la noción de esperanza.

Entre dichos temas cabe destacar la crítica a la función del intelectual en la sociedad. Este tema debería ser tratado con más frecuencia, sin embargo, se le pone menos atención de la que se debería. Por esta sola razón ya es relevante la crítica de Subirats, pero es relevante además por su profundidad. El autor destaca varios aspectos de la condición del intelectual en nuestros días. En primer lugar, hasta el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, el intelectual cumplía una función social, en cuanto sostenía lo que Subirats llama “la unidad del conocimiento y la soberanía”. Es decir, un intelectual comprometido con el trabajo intelectual, pero también con su aplicación a la dimensión ética y social de la vida humana. En este sentido dice: “La unidad de conocimiento y conciencia moral que la vertebraba [a la praxis intelectual] se ha desmembrado en mil pedazos. El nuevo intelectual se llama profesional, experto o especialista, y como tal reduce el campo de su responsabilidad a una acción estrictamente instrumental, sumisa a la vigilancia corporativa u obediente a la disciplina instrumental.”

Por otro lado, hace una observación a la que deberían poner mucha atención los académicos. Consiste en la ya mencionada acentuación del punto de vista lingüístico y semiótico que predomina en la mayoría de las escuelas y que Subirats reitera a cada momento aunque sin explicar teóricamente. “Cuando ya no hay nada que decir —escribe irónicamente—, o no puede o no quiere decirse nada, lo mejor es hablar del lenguaje.”

Un rasgo más de la actitud de los intelectuales es, como bien señala, su carácter apolítico; sin embargo, quizás lo más innovador de su exposición consiste en la metáfora del intelectual como un exiliado. Esta hermenéutica del exilio surge de la lectura erudita de textos tan disímiles como lo son la Biblia y *El retablo de*

*las maravillas* de Cervantes. Según Subirats, el intelectual —el verdadero intelectual— es un exiliado entre exiliados, pues lo que él ve muy pocos lo pueden compartir, debido a la condición alienada.

En los últimos apartados, el tono de la exposición comienza a cambiar, del aparente pesimismo que caracteriza la mayor parte del libro a una perspectiva de esperanza que, aunque remota por la dificultad de los cambios que implica, es real. Se trata, como indica el autor, no de una esperanza en el sentido cristiano de espera pasiva, sino de una esperanza que se origina en la propia voluntad y acción. Éstas últimas deberán tener por finalidad la unificación del ser en el sentido de la unidad de la totalidad que constituye al ser humano y que lo restituye a sus orígenes. Como lo deja entrever Subirats, esta visión parece, en ocasiones, cercana al misticismo y a la idea rousseauiana de una felicidad primordial. De cualquier modo, hay que destacar la relevancia del concepto de memoria manejada por el autor, y el lugar que le da al arte en este reencuentro de la naturaleza humana. Por ello dice: “La poesía es la memoria del origen del ser”.

En síntesis, *La existencia sitiada* es el diagnóstico del ser humano en los principios del siglo XXI; diagnóstico que, como el título lo indica, muestra una condición enajenada del hombre ante los problemas que distorsionan la realidad, coartando, así, su soberanía y su libertad. Es por ello que se trata de una existencia sitiada, es decir, cercada, que apenas resiste los últimos embates de una conciencia irreflexiva y de un poder que, bajo la amenaza ecológica, nuclear, genética e informativa, dispone de los medios para acabar con este mundo. Sin embargo, advierte Eduardo Subirats, “otro mundo es posible”.

Tirso Medellín